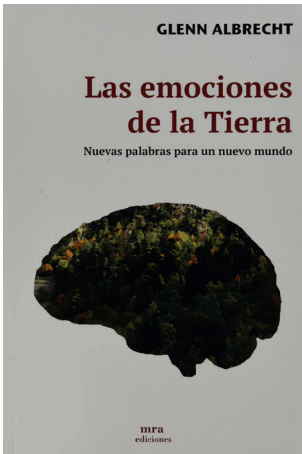


Las emociones de la Tierra.

Nuevas palabras para un nuevo mundo.

GLENN ALBRECHT

MRA Ediciones, Barcelona, 2020.



Existe cierta querencia entre filósofos por la invención y el uso de neologismos para designar aquello a lo que aún no se ha dado nombre y, por tanto, no podemos pensar cabalmente. Glenn Albrecht es principalmente conocido por haber acuñado el término *solastalgia* que define como “el dolor o la angustia causada por la pérdida continuada de consuelo, y la sensación de desolación relativa al estado actual de su entorno y su territorio. Es la experiencia existencial derivada de un cambio ambiental negativo que se manifiesta como un ataque al sentido de lugar” (p. 59). Este concepto ha tenido un prolífico rendimiento académico en diversas disciplinas que han desplegado a través de él nuevas líneas transdisciplinarias de investigación acerca de la relación entre la salud humana y la salud de los ecosistemas. Pero este es solo uno entre una vasta colección de términos originales que tratan de poner nombre a las emociones que surgen de la estrecha relación entre la psique humana y la Tierra. No en vano, este filósofo australiano ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos a profundizar y examinar nuevos enfoques

holísticos en el estudio de la relación entre la salud humana, en su dimensión fisiológica, emocional y comunitaria, y la salud de la Tierra, de la que trata no alejarse demasiado ni en su vida cotidiana ni en su labor intelectual.

Este ensayo es la primera traducción al castellano de Albrecht, mérito del buen hacer de la editorial MRA, que está apostando por títulos muy sugerentes en la línea de la ética ecológica y el análisis social crítico. (Me permito, sin embargo, una leve reconvencción: la traducción y corrección del texto son mejorables. Así, la hegeliana “lechuza de Minerva” no ha de convertirse en un mochuelo, *deber y deber de* deben –y no *deben de*– usarse correctamente, la filósofa galesa Ginny Battson no ha de ser sometida a un cambio de sexo por las buenas, etc.) Pese a la novedad editorial, se trata sin embargo de un libro que tiene todos los rasgos de obra de madurez. Como su propio título indica, *Las emociones de la tierra. Palabras para un nuevo mundo*, sitúa a las emociones como elemento central de análisis para estudiar la relación que los seres humanos establecemos con la Tierra. Las emociones ocupan un plano central en la particular cosmovisión de Albrecht, quien las concibe como fuerzas configuradoras de todo lo existente, protagonistas de una metafísica dualista que oscila entre las fuerzas *terraphóricas* o destructoras de la Tierra y las *terranascientes* o creadoras de la Tierra. Este binomio maniqueo que explica la realidad como expresión última de una guerra entre las fuerzas del Bien y del Mal no es absoluto innovador desde el punto de vista de la historia de la metafísica. Sin embargo, es poderosa como fundamento ético pues hunde sus raíces en una experiencia corpórea e inmediata como bien saben los pueblos aborígenes australianos desde hace siglos. Esta “tercera y última guerra emocional entre Terraphtora y Terranascia” (p. 234), que se libra entre las fuerzas que conspiran a favor de la Vida y las que alientan su destrucción, es uno de los de campos en los que se disputará la batalla cultural por una transición civilizatoria que necesariamente debemos enfrentar para salir con cierta dignidad del Antropoceno.

En esencia, la tesis principal que se nos presenta es que la crisis ecológica es fruto de una crisis espiritual que asuela a la humanidad desde hace varios siglos. Si bien es difícil aventurar en qué momento histórico tiene lugar exactamente ese punto de inflexión que rompió con la armonía entre los seres humanos y sus ecosistemas, razón por la que este argumento adopta inevitablemente tintes metafísicos, la propuesta de Albrecht no es en ningún sentido anti-científica ni descabellada, sino que, al contrario, abre fecundas sendas de investigación para explorar el extravío civilizatorio en que nos encontramos. En el libro no se indaga demasiado en los modos concretos de organización socio-económica que están detrás de este pulsión de muerte o cultura tanatofílica. No obstante, no es este el tipo de análisis que se propone su autor en esta obra, cuyas reflexiones sobre la deriva espiritual de

nuestra civilización bien pueden complementar dichos análisis materiales sobre los procesos que están a la base de la fractura metabólica provocada por las sociedades industriales y que han tenido un hito editorial este mismo año con la publicación de *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global* (Capitán Swing) del pensador ecosocialista y profesor de Ecología Humana en la Universidad de Lund Andreas Malm.

Se trata de un asunto de énfasis y no desmerece la calidad de las aportaciones de Albrecht que enriquecen el campo de la ética ecológica, dentro de la cual se sitúa claramente más cercano a la corriente de la ecología profunda, afinidad que se hace evidente en el capítulo dedicado a la espiritualidad laica (cap. 5) —que podríamos calificar sin reparos de gaiana¹— como elemento fundamental en la recuperación de un sentido de pertenencia a la Tierra, en tanto que contribuye a revertir la “pérdida de identidad primigenia con la «naturaleza»” (p. 176). Tomando como fundamento ontológico las cosmovisiones holísticas, que se nutren tanto de la filosofía hegeliana como de los pueblos indígenas australianos, así como de la teoría de la simbiogénesis de Lynn Margulis, Albrecht recuerda nuestra condición ecodependiente como *holobiontes*, es decir, seres vivos dentro de los cuales habitan en simbiosis otros seres vivos (millones de bacterias en el caso de nuestra flora intestinal). Comprendiendo nuestra posición en la gran cadena del Ser podemos tomar mejor conciencia de la vinculación esencial que nos une al resto de sistemas vivos y que nos insta a velar por su vigor como parte del cuidado de la trama de la vida de la que somos parte.

Hay otro asunto no menor, bastante más polémico, que sobrevuela la propuesta de ética ecológica de Albrecht en varios momentos y que ha provocado ríos de tinta en la filosofía política contemporánea: la identidad. Sobre este asunto declara Albrecht su deuda intelectual con Elyne Mitchell, autora de *Soil and Civilization 2* (1946), una obra de mucho interés que denuncia los efectos degradantes de la sociedad industrial sobre los estilos de vida rurales en su Australia natal con elementos que podrían calificarse de protoecologistas —aunque con una fuerte carga tradicionalista por el gran peso concedido a nociones como raza, pueblo o nación que no comparte nuestro autor (ver pp. 216 y ss.) — publicada tres años antes del famoso *Un año en Sand County* (1949) de Aldo Leopold y casi dos décadas antes de *Primavera silenciosa* (1962) de Rachel Carson. Sin embargo, la aproximación de Albrecht a la cuestión de la identidad es profundamente personal y tiene todo que ver con la relación íntima que se establece con el territorio, una identidad *sumbioregional* (que

¹ Un título de mucho valor en nuestro país sobre esta cuestión es *Reencontrando a Gaia. A hombros de James Lovelock y Lynn Margulis*. Ediciones del Genal, 2019, del profesor de física aplicada e historia de la ciencia en la Universidad de Valladolid e investigador del Grupo de Energía, Economía y Dinámica de Sistemas Carlos de Castro.

² Sin traducción por ahora al castellano.

en castellano escribiríamos más bien *simbiorregional*, reitero el leve tirón de orejas antes expuesto) que carece de sentido disociada de los elementos biofísicos del lugar. En este sentido, el libro viene preluado por una narración autobiográfica (cap. 1) que declara esa relación de la que brota su temprano amor por la naturaleza. Más que una digresión menor este capítulo es una declaración honesta de pensamiento situado que nos habla de una vida filosófica como accidente —el propio Albrecht se concibe a sí mismo como “granjerósofo” (p. 37)— que nace del amor y el cuidado al territorio con el que Albrecht experimenta una fuerte vinculación emocional y que es sin duda el elemento clave para comprender la propuesta de ética ecológica de nuestro autor, propuesta que cabría condensar en el siguiente enunciado: sólo se cuida lo que se ama. Y sólo se ama lo que verdaderamente se conoce.

Los dos capítulos centrales del libro están dedicados a las emociones *terrathóricas* (cap. 4) y a las emociones *terranascentes* (cap. 5) que caracterizan al Antropoceno y al Simbioceno respectivamente. En estas páginas se condensa el diagnóstico y las claves de la transformación cultural que permitiría, según nuestro autor, trascender el marco emocional que ha desequilibrado la salud de la Tierra y, con ella, enfermado el alma humana. Encontramos, a modo de hitos que nos guían, una serie de conceptos originales del propio Albrecht como *solastalgia*, *solifilia* o *sumbiofilia* junto con otras referencias intelectuales, entre las que se cuentan autores como Erich Fromm (*necrofilia*), Richard Louv (*trastorno por déficit de naturaleza*), Arthur Galston (*ecocidio*), del lado de las emociones negativas; y W.H Auden (*topofilia*) o E.O. Wilson (*biofilia*) del lado de las emociones positivas de la Tierra. En una senda intelectual muy próxima a la de Albrecht, la ecofilósofa británica Ginny Battson ha apostado también por los neologismos como parte esencial de su quehacer filosófico³, siendo el concepto de *fluminismo* una de sus aportaciones recientes al campo de la ética ecológica,⁴ a la que se alude también en este libro por su énfasis en los flujos (*flows*) —de energía— como sede ontológica fundamental del valor ético de la simbiosis tanto en su dimensión ecológica como político-afectiva.

Sin embargo, no se trata de una mera colección de conceptos con vocación enciclopédica sino que a través de ellos se elabora un análisis sobre las matrices culturales que originan dichas *emociones psicoterráticas* que son claves interpretativas,

³ Una interesante reflexión de la autora sobre la virtud lingüística de los neologismos puede encontrarse en “Introducing Spring Theory”, *Seasonalight*, 19 de diciembre de 2017, [entrada de blog]. Recuperado de <https://seasonalight.com/2017/12/19/introducing-spring-theory/>

⁴ Ginny Battson: *Fluminismo. El amor y la ecología como fuerza integradora para el bien y como resistencia contra la mercantilización de la naturaleza y los daños planetarios* (traducción colaborativa de Roberto Álava, Amílcar Álvarez, Octavio Arriola Mariño, Andrea Barrio Castro, Ilse Blanco, Rocío Culebras Morales, Irene Gómez-Olano, Ruth Gómez Sánchez, Pedro Igoa, Regina Lagos González, Krasimir Nikolaev Minchev, Ana Orellana García, Carmen Peinado Andújar, Paula Román Cañamero, Abel Romero y Mary Spratt Romero, coordinadas por Jorge Riechmann). Ediciones del Genal, Málaga 2020.

en tanto que síntomas de procesos mucho más profundos. En cuanto a la deriva prometeica y destructora de vínculos ecológicos, sociales y afectivos que caracteriza al Antropoceno Albrecht señala que “una de las causas principales es el dominio sobre la naturaleza que promulga el cristianismo, la ecoalienación bajo el neoliberalismo y el capitalismo, la emergencia de la jerarquía en sociedades complejas, el imperialismo y el colonialismo, y el desarrollo patriarcal o dominación masculina sobre una naturaleza que se percibe como femenina” (p. 130), una impugnación integral a los fundamentos civilizatorios de la Modernidad occidental. Para superar este paradigma caduco Albrecht propone abrazar el pensamiento *simbiocéntrico*, es decir, aquel que pone en el centro el valor de la simbiosis en todos los asuntos humanos y del que se deriva también su propia propuesta de ética ecológica.

Lejos de ser una propuesta meramente semántica *Las emociones de la Tierra. Nuevas palabras para un nuevo mundo* contiene todo un programa civilizatorio: el del *Simbioceno* (cap. 6), cuidadosamente pensado en sus dimensiones ontológica, ética, política y espiritual —a excepción quizá, de la material-metabólica, sobre la cual se dan unas pinceladas básicas— y que queda abierto a ser complementado por el trabajo de toda una generación de ecofilósofos en ciernes que, desde una vocación transdisciplinar, están tratando de pensar cuáles serán los pilares que cimenten la civilización de pasado mañana.

PABLO ALONSO LÓPEZ

